

MAGISTERIO Y NACIONALISMO EN LAS ESCUELAS PÚBLICAS DE CUBA, 1899-1920

Autor principal: Yoel Cordoví Núñez

Entidad ejecutora principal: Instituto de Historia de Cuba

Autor para la correspondencia:

Dr. Yoel Cordoví Núñez Cordoví,
Instituto de Historia de Cuba
Amistad esquina Reina, La Habana 10100
ycordovi1971@gmail.cu

RESUMEN¹

En el proceso histórico de constitución de la nación cubana dos nociones tributan a su definición: la de Estado en su forma republicana, refrendada en las constituciones de la República en Armas, y la de pueblo, cuyas expresiones fueron delineadas en el decurso del siglo XIX, con la conjunción de diversas imágenes construidas, bien desde una Cuba blanca y esclavista, excluyente y moderna, o desde el imaginario de otros sectores y grupos sociales, hasta llegar a la idea de una Cuba independiente e igualitaria, fraguada a través del movimiento independentista cubano, en el que habrían de solidarizarse reivindicaciones sociales de muy diversos orígenes.

Desde ambas nociones, Estado y pueblo, giraron los dos problemas esenciales que gravitaron en la cristalización de la nación: los márgenes de soberanía posible del Estado -en tanto estructura jurídica, política y administrativa mediante la cual se ejerce el poder y la soberanía- con respecto a Estados Unidos, y las cuotas de incorporación y representación del conglomerado social en los destinos nacionales.

Las condiciones inciertas en que debió surgir y desarrollarse el Estado nacional en el cual seguía cuajando la nación, obligaba a sustentar la experiencia de un “nosotros”, de cuya voluntad pareciera fluir espontáneamente las actividades del gobierno. En otras palabras, se imponía establecer un cuerpo de ideas, sentimientos y mentalidades, que diera sentido al presente y legitimara las proyecciones futuras, a partir del reconocimiento de una memoria colectiva, con base en la concientización de la existencia de un pasado común.

Esa memoria colectiva en el caso cubano tendría como sustento el imaginario patriótico del independentismo, el cual prevalecería, en medio de los reajustes estratégicos de posguerra, en las prácticas discursivas de las elites de las más diversas tendencias políticas.

¹ Resumen elaborado por la Redacción de la revista Anales a partir de la Introducción de la obra premiada y del dictamen aprobado en el Pleno de la Academia de Ciencias de Cuba celebrado el 8 de marzo de 2014.

En esa visión “combatiente de la nación”, entre negociaciones y consensos, rupturas y contradicciones del liderazgo independentista, problemas de tipo racial, clasista y regional, así como otras deformaciones originadas, y en ocasiones agudizadas, por la impronta de la dominación imperial, la exaltación del pasado, y particularmente de la épica independentista, de la que procedían los libertadores-ciudadanos, llamados a ejercer los destinos de la nueva nación, constituía un elemento significativo utilizado por la acción del nacionalismo a fin de legitimar el orden político. Había que procurar la formación de una conciencia colectiva en el conjunto social y para ello los usos públicos y también políticos de la historia se convertían en elementos claves dentro de la ideología nacionalista.

Cuando el autor se refiere al “uso” público de la historia, asume la definición dada por María del Carmen Barcia: se trata de una categoría que responde y procura la formación ideológica del ciudadano, en la que el maestro no es más que un “agente” encargado de divulgar la historia que se desea y necesita destacar, a partir de los valores que deben ser asumidos en el proceso de enseñanza, sin descartar los relatos elaborados por las propias capas populares, mediante los cuales se re-construyen y re-formulan propuestas para la formación del ciudadano.² Esta re-construcción, por tanto, no debe ser asumida sólo desde la acción planeada o predeterminada de elites intelectuales dirigida a legitimar una imagen de comunidad, valiéndose de elementos materiales, sentimentales o simbólicos, que propagan la idea de “lo nacional” y legitiman un orden político,³ sino como acto de creación sujeto a diversas maneras de apropiación también creativas..

Sin embargo, a pesar de la importancia de un renglón tan decisivo en las proyecciones de ideologías nacionalistas como es la enseñanza escolarizada, la historiografía carece de estudios sistemáticos dirigidos a analizar el tipo de maestro surgido con la primera ocupación militar, y que fuera el encargado de instruir y educar en esos años, así como durante las primeras administraciones republicanas, a las generaciones más jóvenes.

Dos limitaciones principales inciden en esta insuficiencia historiográfica. En primer lugar, la reducción del análisis a las esferas de las políticas educativas oficiales y, en menor medida, al pensamiento pedagógico cubano de la época, sin tener en cuenta, generalmente, un tercer nivel decisivo en todo proceso docente educativo: la acción del maestro de escuela. Por otra parte, la tendencia a presentar la dinámica escolar en Cuba después de establecida la República y hasta la década de 1920 como resultado de un diseño educativo impuesto.

² María del Carmen Barcia Zequeira: “Sobre los usos públicos de la Historia”, Ponencia presentada en la Mesa “Política, cultura y educación: una visión relacional”. Sala Fernando Ortiz. XVI Feria Internacional del Libro, La Habana, 12 de febrero de 2007 (inédito)

³ Max Weber: *Economía y sociedad*, Editorial de Ciencias Sociales, La Habana, 1971, t. II, p. 682. Véase también los enfoques de Benedict Anderson: *Comunidades imaginadas. Reflexiones sobre el origen y la difusión del nacionalismo*, Fondo de Cultura Económica, México, 1993 y Ernest Gellner: *Nations and Nationalism*, Basil Blackwell, Oxford, 1983.

Se asiste así a una especie de “salto” en el conocimiento de esta materia en casi dos decenios. El papel del maestro, en tal sentido, apenas se tiene en cuenta y la escuela queda inmersa, desde las miradas historiográficas, en una suerte de estancamiento, a tono con el letargo en la conciencia nacional del pueblo cubano durante los primeros años del siglo xx.

Un balance historiográfico general permite comprender que, a pesar de la existencia de distintas líneas de trabajo y enfoques sobre la problemática educacional del período, la tendencia es a profundizar en el contexto de la primera ocupación militar, asumiendo generalmente la respuesta del magisterio a las pretensiones imperiales como un fenómeno consustancial a lo que ha dado en denominarse “el despertar” de la conciencia nacionalista en la segunda década de la centuria. Quedaría entonces por ahondar en otro contexto trascendental que muy bien pudiera denominarse como “décadas perdidas” en el panorama historiográfico relacionado con la historia de la educación primaria en Cuba, que se extiende entre 1902 y 1920.

En el libro, por tanto, se ha querido discernir todos aquellos elementos de formación y rasgos generales que tipificaron al maestro encargado de ejercer la docencia en Cuba, en un período marcado por eventos de tanta trascendencia para los destinos de la nación como fueron las dos ocupaciones militares extranjeras. No se trataba del maestro normalista, cuya primera promoción republicana comenzaría a graduarse como profesional “de carrera”, en las Escuelas Normales a partir de 1920, sino del maestro “de certificado”. Este tipo de docente, en su inmensa mayoría con escasa formación pedagógica, surgió como parte del sistema de reforma educacional implementado por las autoridades de Estados Unidos durante la primera ocupación militar y estaba obligado a presentarse todos los años a exámenes con vista a obtener un certificado que le validara el ejercicio de la docencia en los planteles públicos.

Fueron estos maestros los agentes encargados de crear sentimientos cívicos-patrióticos, tanto en las aulas primarias como en la comunidad, sobre la base del legado del independentismo. Para construir una conciencia histórica marcadamente ideologizada se valieron del uso público de la historia, transmitiendo, recreando e inculcando, como elementos esenciales del proceso fundacional de la nación cubana, los símbolos y valores éticos del imaginario independentista.

Más fácil resulta, claro está, conocer el pensamiento de importantes maestros, devenidos en grandes pedagogos e incluso hasta funcionarios del ramo de la educación, como el propio Ramiro Guerra: basta revisar las innumerables publicaciones que legaron y que existen atesoradas en archivos y bibliotecas del país. Pero cómo constatar los modos de hacer y de pensar la enseñanza de la historia por la inmensa mayoría del magisterio cubano, cuyas ideas o criterios no aparecen siempre reflejados de manera escrita.

Los registros documentales, por tanto, deben ser diferentes; otros han de ser los indicios que permitan un acercamiento al objeto de estudio, lo que presupone un enriquecimiento del conjunto de las fuentes históricas empleadas por el investigador y, por tanto, de las herramientas metodológicas.

Entre las fuentes de la que dispone el historiador, la prensa de la época, en particular la especializada en materia pedagógica, es decisiva para este tipo de análisis. Aunque elaborada por importantes figuras del magisterio y la pedagogía, constituyó uno de los medios de formación y desarrollo de los maestros, a partir de las experiencias docentes expuestas y difundidas en sus diferentes secciones educativas. En estas publicaciones, además de recogerse textos de intelectuales y pedagogos de renombres en el país, eran divulgadas también un sinnúmero de experiencias de maestros de las más diversas regiones y localidades de la Isla, además de servir de soportes a las fotografías; memoria gráfica de primer orden para el estudio de hombres y mujeres comunes, sin acceso a la escritura en periódicos o revistas educativas.

Los nombres de las escuelas, los seudónimos de niños, los diarios de maestros, los concursos, las respuestas en los exámenes, los dibujos infantiles, y hasta las encuestas escolares constituyen también registros importantes que ofrecen huellas de una cultura, en modo alguno reducida a una u otra figura de renombre, sino que se extiende y forma parte de una manera muy propia de pensar la formación del “ser” cubano y de su apropiación e interpretación por los más diversos sectores, grupos y clases de la sociedad de posguerra, más allá de los discursos y las prácticas nacionalistas establecidos y “construidos” desde el poder.

La obra está estructurada de manera temática en tres capítulos. El primero, “El maestro de certificado: Formación docente y cívico-patriótica”, se introduce en aquellos elementos básicos para entender las condiciones en que surge y se desarrolla ese tipo de maestro. Su estudio parte de la concepción de los exámenes y sus regulaciones, en tanto institución que validaba el ejercicio de la docencia, así como las distintas gestiones formadoras, oficiales y particulares, concebidas y puestas en práctica en el período. El capítulo en sí reviste importancia, en tanto el conocimiento de la preparación docente en el período tratado por lo general se reduce a la experiencia de Harvard y, en alguna medida, a las Normales de Verano, sin que exista hasta el momento un estudio sistemático de las diversas variantes en la formación y superación magisterial hasta la creación de las Escuelas Normales.

El segundo capítulo, “Las acciones cívicas de los maestros en su labor educativa”, trata acerca del quehacer de los maestros en la formación cívica de los educandos; las diversas orientaciones pedagógicas y experiencias concretas en el trabajo con la familia y la comunidad, en un contexto marcado por circunstancias muy difíciles para el despliegue de cualquier labor educativa. Asimismo, por su alcance e importancia en la creación de sentimientos patrióticos y por servir, incluso, como iniciativa en el acercamiento escuela-familia, se conciben como acápites los actos cívicos-patrióticos y el ritual institucionalizado de la Jura de la

Bandera. Igualmente, son estudiados los debates relacionados con el significado de la enseñanza de la Moral y Cívica y la crisis de valores morales que enfrentaba la república, así como en cuanto a la defensa y preservación del carácter laico de la enseñanza en las escuelas públicas.

Por último, un tercer capítulo, “Los maestros en la formación de una conciencia histórica”, se introduce en las concepciones del magisterio relacionadas con el significado de la enseñanza de la historia de Cuba y las formas de su uso público y político para la formación patriótica de los educandos.

Constituye este resultado apenas una muestra de lo que puede hacerse dentro del amplio y complejo campo de investigación de la historia de la educación. Los aportes del estudio no radican sólo en la información revelada, una gran parte inédita, tampoco en los enfoques interpretativos sobre el objeto de estudio planteado, sino también en los asuntos que se sugieren como posibles líneas de trabajo susceptibles de emprenderse en investigaciones futuras.

Dictamen de María del Carmen Barcia

El resultado se presenta en un libro organizado en una introducción, tres capítulos y unas conclusiones, que se acompaña de interesantes fotos de época, extraídas de revistas pedagógicas y de una colección de libros raros depositada en la Universidad de La Habana. Refleja el uso de una bibliografía compuesta por 178 libros y 27 artículos y discursos. El autor consultó además 22 publicaciones periódicas y 13 fondos documentales, siete del Archivo Nacional de Cuba y seis de diferentes archivos provinciales. Estos elementos, sumados a una redacción fluida, garantizan un resultado que aporta elementos interesantes, novedosos y útiles para la escuela cubana en reconstrucción.

La característica más interesante de este libro radica posiblemente en sus aportes en cuanto a la reconstrucción de la escuela cubana en el marco de un proceso histórico que se desarrolla en una sociedad marcada por una crisis social. La guerra había afectado campos y ciudades, se había destruido gran parte de la riqueza económica y estaban afectadas construcciones civiles. Las escuelas habían permanecido cerradas al menos por un año, muchos maestros españoles regresaban a su país de origen, en Cuba se establecía un gobierno interventor.

El autor desarrolla en este marco las acciones de jóvenes intelectuales que aspiraban a construir una escuela pública cubana sobre las bases asentadas por Félix Varela y José de la Luz y Caballero. Se muestran acciones como la de la estancia de tres meses en la Universidad de Harvard, ya conocida, pero se destaca la creación de una escuela de verano cubana a través de la cual maestros en ejercicio, de diferentes generaciones, algunos muy jóvenes, se fueron formando con una calidad decorosa que comenzó con los llamados “maestros de certificado”.

Se destacan asimismo las publicaciones pedagógicas, las acciones cívicas de los maestros, la relación, en medio de una dinámica social apreciable, con los padres,

la construcción de un imaginario patriótico que usó símbolos entrañables y creó otros de suma utilidad, y en ese marco, el útil e inteligente uso de asignaturas como la historia de Cuba y la Cívica.

El autor establece un hilo conductor que transita por el uso público de la educación, su relación con la familia y la formación de una conciencia histórica. El relato es fluido y resulta accesible para todo lector. Recoge experiencias que podrían ser adecuadas al contexto en que se vive. Su temática debe considerarse como de gran utilidad para pedagogos y maestros e, igualmente, para los funcionarios de la educación cubana actual.